

Revista Latinoamericana de Política Comparada

Vol. No. 2 ISSN: 1390 - 4248





Revista Latinoamericana de Política Comparada

Volúmen 2, Julio 2009

ISSN: 1390 - 4248

La Revista Latinoamericana de Política Comparada (PC) es una publicación semestral del Centro Latinoamericano de Estudios Políticos – CELAEP. Las opiniones vertidas en sus páginas son de exclusiva responsabilidad de sus autores. El CELAEP y la Revista como tal, así como las instituciones de la cual forman parte los respectivos autores, no asumen responsabilidad por los criterios vertidos en la misma.

Editores de la Revista

Felipe Cisneros Palacios, CELAEP (EC)

Sebastián Mantilla Baca, CELAEP (EC)

Coordinadora Editorial

María Gabriela Egas

Consejo de Redacción

Javier Oliva-Posada, UNAM (MX)

Daniel Zovatto, IDEA (CR)

Simón Pachano, FLACSO (EC)

Andrés Mejía, IDS (UK)

Fernando Tuesta, PUCP (PE)

Consejo Editorial Internacional

Klaus Bodemer, CEISAL / Universidad de Hamburgo (ALE)

John Carey, Dartmouth University (USA)

Josep M. Colomer, CSIC, (ES)

Richard S. Conley, University of Florida – Gainesville (USA)

Olivier Dabène, Sciences Po (FR)

David Held, London School of Economics and Social Sciences (UK)

Ernesto Isunza Vera, CIESAS (MX)

Scott Mainwaring, Notre Dame University (USA)

Cynthia McClintock, George Washington University (USA)

María Victoria Murillo, Columbia University (USA)

Dieter Nohlen, Universidad de Heidelberg (ALE)

Guillermo O'Donnell, Notre Dame University (USA)

Adam Przeworski, New York University (USA)

David Recondo, CERI / Sciences Po (FR)

David Scott Palmer, Boston University (USA)

Arturo Valenzuela, Georgetown University (USA)

Laurence Whitehead, Oxford University (UK)

Esta revista es una publicación del Centro Latinoamericano Estudios Políticos, CELAEP

Av. 12 de octubre N24-562 y Cordero

Edif. World Trade Center, Torre B,

Mezanine, 05-B

Telefax. (583-2) 256 6985

P.O. BOX 17-07-9651

Quito, ECUADOR

Web: www.celaep.org

e-mail: revista@celaep.org

Índice

Editorial	5
------------------------	---

SECCIÓN TEORIA

LA POLÍTICA COMPARADA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El pasado y presente de la política comparada en los Estados Unidos	15-54
Gerardo Munck	

Análisis y comentarios:

David Recondo	55-56
Andrés Mejía	57-59
Julio F. Carrión	60-65
Víctor Hugo Martínez	66-68

TEMA CENTRAL

PARTIDOS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA

Los partidos y la política en América Latina al inicio de 2009	71-83
Manuel Alcántara	

El número de partidos políticos y
democracia en América Latina 85-95
Cynthia McClintock

Lo que el viento no se llevó. La permanencia de los
partidos políticos. Una comparación entre la región
andina y otros países latinoamericanos 97-117
Carlos Meléndez y Carlos León

SECCIÓN METODOLOGÍA
ELECCIÓN RACIONAL EN LA CIENCIA POLÍTICA

Marxismo y Elección Racional 121-151
Adam Przeworski

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Reseña: 155-156
Santiago Basabe Serrano

Reseña: 157-159
José Julio Cisneros

Reseña: 160-163
Gabriela Hoberman

Reseña: 164-166
Esteban Laso Ortíz

Reseña: 167-169
François-Xavier Tinel



METODOLOGÍA

Elección racional
en la Ciencia Política

Marxismo y elección racional

Adam Przeworski

Resumen

Varios escritores han abordado recientemente problemas tradicionales del marxismo dentro del marco de la elección racional o incluso de la teoría clásica del equilibrio general. El análisis que viene a continuación gira en torno a cuatro temas: la teoría de la acción individual; la ontología de los actores colectivos; la estructura del conflicto de clases; y la teoría de juegos como aparato técnico. Sigue una breve conclusión, orientada hacia el futuro. Buena parte del análisis no lleva a ninguna conclusión definitiva, pero de ahí se desprende una cuestión general: la crítica del marxismo ofrecida por el individualismo metodológico es irrefutable y saludable, pero los supuestos ontológicos del marco de la elección racional son insostenibles. Así— pues, mientras que cualquier teoría de la historia debe tener unos microfundamentos, la teoría de la acción individual debe contener más información contextual de lo que admite el actual paradigma de la elección racional. La tarea de comprender la historia como el resultado de unas acciones individuales se abre aún ante nosotros.

Palabras claves: elección racional, teoría marxista, individualismo metodológico, colectivismo metodológico, acción colectiva.

Abstract

Different authors have recently approached Marxism's traditional issues within the framework of the rational choice theory and even the classical general equilibrium theory. The analysis presented below revolves around four topics: the theory of individual action, the ontology of collective action, the structure of class conflict, and game theory as a technical device. A brief conclusion follows, which is oriented towards the future. Most of the analysis does not lead to any final conclusion, but a general issue transpires: criticism of Marxism put forth by methodological individualism is irrefutable and healthy, but the ontological assumptions made within the framework of rational choice are unsustainable. Therefore, whilst any theory of history must have some micro-fundaments, the theory of individual action must contain more contextual information than the current rational choice paradigm admits. The endeavour to understand history as the result of individual action still lies before us.

Key words: rational choice, Marxist theory, methodological individualism, methodological collectivism, collective action.

Fecha de aceptación del autor: 13 de noviembre del 2008





Las ciencias sociales están hoy bloqueadas por una ofensiva como no se había visto desde la década de 1890: una tendencia deliberada a imponer el monopolio del método económico a todos los estudios de la sociedad. Según los economistas neoclásicos, todo lo que ocurre entra dentro de una de estas dos categorías: la de los fenómenos económicos y la de los fenómenos aparentemente extraeconómicos. El desafío del individualismo económico no va específicamente dirigido contra el marxismo; es también un reto para todo lo que suele llamarse ciencias políticas, sociología, antropología o psicología social. El concepto de «relaciones de producción» de Karl Marx se ve sometido al mismo desafío que el «apriorismo social compartido» de Georg Simmel, la «conciencia colectiva» de Emile Durkheim y la «orientación por valores» de Talcott Parsons: el desafío de proporcionar unos microfundamentos a los fenómenos sociales y, específicamente, basar todas las teorías de la sociedad en las acciones racionales de los individuos orientadas hacia un objetivo¹.

Esta ofensiva ha tenido bastante éxito. La influencia intelectual de la psicología social —la reina de las ciencias sociales hace veinte años— se ha desvanecido casi por completo. La escuela funcionalista, tanto en sus aspectos psicológicos como estructurales, ha perdido su predominio sobre la sociología. El enfoque de la «elección pública» impera en las ciencias políticas. Incluso el marxismo, que durante las décadas de 1950 y 1960 solió ocultarse en el mundo académico americano bajo la etiqueta de «sociología política», ha redescubierto ahora sus raíces como *economía política*. Varios escritores han abordado recientemente problemas tradicionales del marxismo dentro del marco de la elección racional o incluso de la teoría clásica del equilibrio general. Otros muchos han lanzado contraataques para demostrar la debilidad de la perspectiva individualista. Pero las referencias al «individualismo ahis-

«Marxism and rational choice», *Politics and Society*, 14, n.º 4, 1985, pp. 379-409. Traducción de Pilar López.

Versiones anteriores de este artículo fueron publicadas en Pierre Birnbaum y Jean Leca, comps., *Sur l'individualisme*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986, y en Prokla, Berlín, 1986. Me he beneficiado de los comentarios de Pierre Birnbaum, G. A. Cohen, Jon Elster, Barry Hindess, Juan López, Alessandro Pizzorno, George Tsebelis, Robert van der Veen, Michael Wallerstein y los directores de esta revista, así como de mis discusiones con ellos.

1 Una de las dificultades de etiquetar este desafío es que se basa en dos posturas que no tienen por qué ir necesariamente unidas: 1) la exigencia del «individualismo metodológico» de que todos los fenómenos sociales deben ser comprensibles como resultado de las acciones de los individuos, y 2) el supuesto esencial de la «elección racional» de que la conducta individual es racional en el sentido instrumental de este término. Podríamos tener un individualismo metodológico basado en una teoría de la acción diferente de la elección racional. También podríamos tener, y tenemos de hecho dentro de la perspectiva de la elección formal, unos actores que no fueran individuos: empresas, sindicatos, comités, burós, etc. En realidad, el desafío planteado durante los últimos años a las sociologías colectivistas combina un individualismo metodológico que admite unos actores estratégicos diferentes de los individuos con diversas versiones, más radicales y más moderadas, de la perspectiva de la elección racional. «La perspectiva de la acción estratégica» sería una etiqueta preferible para esta amalgama, pero para seguir el uso habitual hablaré de «individualismo metodológico» y de «enfoque de la elección racional» de forma casi intercambiable.

tórico de la teoría económica burguesa» ya no parecen ser suficientes. En apariencia, el marxismo ha dejado de ser insensible al desafío planteado por el individualismo metodológico.

No hace mucho tiempo, se podía establecer un claro y fuerte contraste entre el marxismo y la «ciencia social burguesa. La conducta individual era considerada por los marxistas como la realización de las posiciones de clase, y por los economistas burgueses como una acción racional egoísta. Los actores que movían la historia marxista eran las clases, las colectividades en lucha; los actores de la historia burguesa eran los individuos –ciudadanos –consumidores, que como máximo se unían a veces en efímeros «grupos de interés». Para los marxistas, la relación central que estructura la sociedad capitalista era el conflicto irreconciliable entre los intereses de las dos clases antagonicas; para los científicos sociales burgueses, era la armonía básica entre los intereses, que permite a los individuos realizar intercambios hasta que llegan a la mejor solución posible. Finalmente, los marxistas consideraban que la sociedad capitalista está económicamente y políticamente dominada por el capital, mientras que los pensadores burgueses la veían como un mercado competitivo en la que el gobierno es una institución neutral y universalista.

Hoy en día no se puede establecer claramente ninguno de estos contrastes: tanto el marco de la elección racional como el marxismo son muy heterogéneos y están evolucionando rápidamente. En lo que viene a continuación no prestaré atención a las diferencias dentro del marco de la elección racional a menos que estén directamente relacionadas con el análisis. Considero este marco en el sentido más clásico y brutal de maximización bien informada y egoísta de la utilidad con modificación instantánea del equilibrio. Así pues, utilizo los términos «individualismo metodológico», «marco de la elección racional» y «economía neoclásica» de forma intercambiable².

Para hacer inteligible la discusión es también necesario un concepto común de «marxismo». El marxismo es para mí un análisis de las consecuencias de las formas de propiedad para los procesos históricos³. Cualquier marxismo, por lo que a mí respecta, es una teoría de la historia, tal vez no necesariamente de la humanidad, al estilo de G. A. Cohen, y tal vez ni siquiera de los modos de producción, al estilo de Althusser, sino de la reproducción y transformación legales de las relaciones sociales⁴. Las teorías de la historia pro-

2 El mejor tratamiento de las distinciones entre ellos se encuentra en Jon Elster, *Ulysses and the Sirens*, Cambridge, Cambridge Press, ed. revisada 1984.

3 Se me ha señalado que esta definición incluye la obra de Douglass C. North, *Structure and change in economic history*, Nueva York, W. W. Norton, 1981 [*Estructura y cambio en la estructura económica*, Madrid, Alianza, 1984], y el artículo de Svetozar Pejovich, «The relevance of Marx and the irrelevance of Marxist revivals», *Modern Age*, 1977, pp. 30-38. No veo ninguna razón para que no sea así.

4 G. A. Cohen, *Karl Marx's theory of history: a defense*, Princeton, Princeton University Press, 1978 [*La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias/Siglo XXI, 1986]; y Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*, Nueva York, Pantheon Books, 1970 [*Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1967].





porcionan explicaciones de sucesiones de hechos relacionados entre sí. Explican no sólo cómo surgen unas determinadas instituciones, sino también cómo continúan funcionando, no sólo cómo excluyen determinados conflictos, sino también cómo afecta su conclusión a los futuros conflictos. Las comparaciones estáticas entre equilibrios no constituyen teorías de la historia a menos que especifiquen por qué y cómo se producen las transiciones en tales equilibrios. Este no llega a ser un requisito minimalista: Raymond Boudon argumenta que en principio no es posible una teoría de este tipo; Jon Elster se contenta con análisis basados en la teoría de juegos de sucesos puntuales y aislados; e incluso el tratado de John Roemer recurre exclusivamente a comparaciones entre equilibrios estáticos⁵. En cualquier caso, una explicación marxista de la historia parte de supuestos relativos a la estructura de la propiedad de recursos productivos alienables: «los medios de producción». Diré algo más sobre estos supuestos más adelante.

El análisis que viene a continuación gira en torno a cuatro temas: la teoría de la acción individual; la ontología de los actores colectivos; la estructura del conflicto de clases; y la teoría de juegos como aparato técnico. Sigue una breve conclusión, orientada hacia el futuro. Con respecto a cada uno de los temas, identifico el desafío específico planteado al marxismo por el marco de la elección racional; resumo los contraargumentos marxistas, si los hay; y, finalmente, trato de comprender quién puede aprender qué de quién. Buena parte del análisis no lleva a ninguna conclusión definitiva, pero de él se desprende una cuestión general: la crítica del marxismo ofrecida por el individualismo metodológico es irrefutable y saludable, pero los supuestos ontológicos del marco de la elección racional —y en especial el supuesto de unos «individuos» indiferenciados, invariables e inconexos— son insostenibles. Así pues, mientras que cualquier teoría de la historia debe tener unos microfundamentos, la teoría de la acción individual debe contener más información contextual de lo que admite el actual paradigma de la elección racional. La tarea de comprender la historia como el resultado de unas acciones individuales se abre aún ante nosotros

5 Raymond Boudon, *La place du désordre*, París, Presses Universitaires de France, 1984; Jon Elster, «Marxism, functionalism, and game theory: the case for methodological individualism», *Theory and Society*, 11, 1982, pp. 453-483 [«Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, 33, octubre-diciembre de 1984, pp. 21-62]; y John Roemer, *A general theory of exploitation and class*, Cambridge, Harvard University Press, 1982 [*Teoría general de la explotación y las clases*, Madrid, Siglo XXI, en prensa].

La teoría de la acción

El Desafío

El desafío específico que se plantea al marxismo en lo que respecta a la teoría de la acción es el de proporcionar una explicación de los actos individuales en unas condiciones determinadas, es decir, proporcionar unos microfundamentos para la teoría de la historia. Desde el punto de vista histórico, pensamos en las acciones individuales como si estuvieran predeterminadas, biológicamente impulsadas, regidas por reglas, u orientadas hacia un objetivo. El debate actual se plantea entre las concepciones psicopsicológicas de la conducta como ejecución de las normas interiorizadas y la concepción de la conducta como una acción intencional y estratégica⁶.

Este desafío no es nuevo: Jean-Paul Sartre lo lanzó en 1946, cuando observó que el marxismo puede explicar que Paul Valéry es un intelectual pequeñoburgués, pero no *por qué* es un intelectual pequeñoburgués⁷. Este desafío va dirigido no sólo contra el marxismo, sino también contra cualquier teoría que tome como punto de partida el nivel de organización o de conciencia colectiva. Sin embargo, el marxismo ha estado siempre en una difícil posición, y el actual desafío es mucho más peligroso que la tradicional insatisfacción causada por su falta de «humanismo».

Esta difícil posición es que los marxistas no han estado nunca dispuestos a aceptar ninguna de las alternativas al individualismo metodológico, ya fuera la explicación psicopsicológica adoptada por la sociología funcionalista o las explicaciones basadas en las teorías freudianas de la personalidad. Los funcionalistas explican que la gente se comporta de acuerdo con unos valores comunes porque a los individuos se les enseña unas normas y unos valores que primero «interiorizan» y luego aplican. Los funcionalistas consideran toda conducta individual como un acto de realización de la sociedad interiorizada, lo que implica que todas las personas sometidas a las mismas normas y a los mismos valores deben comportarse de la misma manera⁸. Creo que los marxistas han adoptado este modo de explicación en la prác-

6 La polémica más amplia a este respecto es la que se plantea entre el campesino moral y el campesino racional. Véanse James Scott, *The moral economy of the Peasanta*, New Haven, Yale University Press, 1976; Samuel L. Popkin, *Rational peasant*, Berkeley, University of California Press, 1979, y un artículo de Bruce Cummings que pasa revista al tema, «Interest and ideology in the study of agrarian politics», *Politics and Society*, 10, 1981, pp. 467-495. Discusiones similares han aparecido en estudios sobre las decisiones de los sindicatos de convocar huelgas (para una crítica, véase Michael Shalev, «Trade unionism and economic analysis: the case of industrial conflict», *Journal of Labour Research*, 1, 1980, pp. 133-173) y de organizarse (Adam Przeworski, «Union growth: a literature review», artículo inédito, 1984) así como sobre la microeconomía de la producción (Michael Reich y Paul Devine, «The microeconomics of conflict and hierarchy in capitalist production», *Review of Radical Political Economics*, 12, 1981, y la discusión que sigue).

7 Jean-Paul Sartre, *Existentialisme est un humanisme*, París, Nagel, 1946.

8 Para críticas de la teoría de la acción en la que se basa la explicación fundamentalista, véanse George





tica, explicando la conducta individual por la posición de clase, pero, tal vez a causa de los persistentes rasgos utilitarios del legado de Marx, no han aceptado nunca los principios psicológicos en los que se basa esta concepción particular de la conducta humana⁹. Althusser trató de purificar este mecanismo de connotaciones metalistas, pero el resultado fue el cajón de sastre conductista de la *appellation*¹⁰. Herbert Marcuse y Gilles Deleuze recurrieron a la psicodinámica freudiana para establecer los efectos formativos de la organización social de la represión sobre la conducta individual, pero ninguno de los dos fue más allá de la afirmación de que el capitalismo genera unos modelos de personalidad normalizados¹¹. En general, los marxistas se han contentado con la creencia intuitiva de que las personas actúan por su posición de clase: las palabras de Marx sobre la necesidad de estudiar a los capitalistas como «personificaciones», «portadores», o «representantes» del capital les ha parecido suficientes y el hecho de que Marx se refiera a la ganancia unas veces como «el motor», otras como «el objetivo» y otras finalmente como la «necesidad» de los capitalistas, el capital o el capitalismo no les ha parecido de algún modo desconcertante. Lo importante en la historia según ellos sucede a nivel de fuerzas, estructuras, colectividades y compulsiones, no de individuos. De aquí que los microfundamentos sean todo lo más un lujo con el que habría estado bien contar para explicar otras variaciones secundarias. El marxismo era una teoría de la historia sin teoría acerca de las acciones de las personas que hacen esa historia¹².

Esta postura es ya insostenible, porque las críticas derivadas de los postulados del individualismo metodológico se dirigen contra el centro de la teoría marxista de la acción

Homans, «Bringing men back in», en Alan Ryan, comp., *The philosophy of social explanation*, Londres, Oxford University Press, 1973 [*La filosofía de la explicación social*, México, FCE, 1976]; y Pierre Bourdieu, «Marriage strategies of social reproduction», en Robert Forster y Orest Ranum, comps., *Family and society*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1976.

- 9 El tratamiento más profundo de la teoría marxista de la acción es hasta la fecha el de David Lockwood, «The weakest chain? Some comments on the Marxist theory of action», *Research in the Sociology of Work*, 1, 1981, pp. 435-481. Lockwood argumenta que la teoría marxista tradicional de la acción es básicamente utilitaria; que los conceptos de dominación ideológica y de falsa conciencia desempeñan el papel de explicar por qué el proletariado actúa irracionalmente (específicamente, de un modo no revolucionario); y que el papel de las normas, los valores y las tradiciones –los aspectos no racionales de la acción, a distinguir de los aspectos irracionales –ha sido subestimado. Como resultado de ello, la teoría marxista de la acción es sumamente inestable, como lo manifiesta «la tendencia a oscilar entre la explicación positivista y la explicación idealista del radicalismo y el conformismo de la clase obrera» (pp. 456-457). Lockwood atribuye el origen de esta debilidad a la confianza en el utilitarismo y defiende mis tesis. Yo creo que considerar racionales las acciones de los obreros es suficiente para explicar por qué en la mayoría de las circunstancias no serían revolucionarios, con lo que no es necesaria ninguna referencia a las normas, las tradiciones o los valores. Véase *infra* y Adam Przeworski, *Capitalism and social democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- 10 Louis Althusser, «Ideological and ideological state apparatuses», en su *Lenin and philosophy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1971 [Lenin y la filosofía, México, Era, 1970].
- 11 Herbert Marcuse, *Eros and civilization*, Londres, Sphere Books, 1959, [Eros y civilización, Barcelona, Seix Barral, 1971]; y Gilles Deleuze, *Anti-Oedipe: capitalismo et schizophrénie*, París, Maspero, 1973 [El antiedipo: capitalismo y esquizofrenia, Barcelona, Barral, 1973].
- 12 La posición extrema a este respecto fue la de la escuela de Althusser. Balibar, en una brillante argumenta-

colectiva y por tanto de la historia. Ya no se puede considerar que las acciones de los individuos vienen dadas por su posición de clase; deber ser explicadas dentro de cada conjunto de condiciones. Las afirmaciones acerca de los individuos deben ser cuidadosamente distinguidas acerca de las colectividades: las atribuciones del estatus de actor colectivo al «capital», a la «clase obrera» o al «Estado» deben ser sometidas en cada ocasión a un examen crítico para ver si la acción colectiva es compatible con las racionalidades individuales. El desafío que se desprende del marco de la elección racional tiene un carácter específico: una teoría es satisfactoria si puede explicar la historia en función de las acciones de unos individuos racionales y orientados hacia un objetivo. Toda teoría de la sociedad debe estar basada en estos fundamentos: este es el desafío.

Objeciones marxistas al individualismo metodológico

Los supuestos del individualismo metodológico han tropezado, sin embargo, con varias objeciones, algunas de las cuales están profundamente arraigadas en las tradiciones marxistas. Estas objeciones entran dentro de tres categorías principales: las preferencias no son universales ni estables, sino que dependen de las condiciones y por tanto cambian a lo largo de la historia, el egoísmo es una mala descripción de las preferencias, al menos para algunas personas; en ciertas condiciones no es posible una acción racional aun si los individuos son «racionales». Las analizaré sucesivamente.

El carácter histórico de las preferencias

La objeción más tradicional al individualismo metodológico, a saber que las preferencias individuales cambian a lo largo de la historia, no es específica del marxismo. Pero la teoría marxista proporciona el marco analítico para explicar los cambios históricos de la racionalidad individual. Me gustaría distinguir dos argumentos diferentes acerca de la formación social de la racionalidad individual. Uno de ellos se refiere a las comparaciones entre diferentes sistemas económicos; el segundo se refiere al proceso de formación de la identidad colectiva en el capitalismo.

ción, afirmaba que el «individuo» no es un concepto teórico y mantenía que las personas sólo actúan como «portadoras» de determinadas relaciones sociales (clasificadas, como tendía a hacerlo esta escuela, en económicas, políticas e ideológicas), nunca como sujetos integrales. Etienne Balibar, «Fundamental concepts of historical materialism», en *Reading Capital*. Fernando H. Cardoso hizo una crítica corrosiva de esta postura en «¿Althusserianismo o marxismo?», en R. B. Zenteno, comp., *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973.





Marx afirmaba que los objetivos individuales y los tipos de acción a disposición de los individuos dependen de cómo esté organizado el sistema de producción e intercambio: un campesino que paga la renta en metálico y puede, por consiguiente, utilizar la información que proporciona el mercado para elegir sus cultivos es diferente de un campesino que paga una renta en especie que puede elegir a lo más las técnicas de producción y no participa en las relaciones de mercado¹³. La teoría del feudalismo de Witold Kula parte del supuesto de que los terratenientes tratan de satisfacer un nivel constante de necesidades utilizando una información muy restringida sobre el valor de los recursos alternativos¹⁴. Los ejemplos son innumerables, y lo importante no es que los campesinos, los terratenientes o cualquier otro no se comporten racionalmente, sino que debemos saber qué quieren, qué saben y qué pueden elegir antes de que podamos explicar su conducta. El supuesto de que los propietarios de los recursos maximizan su ganancia en un mercado lleno de información no es de utilidad alguna en unas condiciones históricas que no sean las del capitalismo desarrollado. Como han argumentado Jon Cohen y Martin Weitzman, en el mundo medieval «las condiciones previas que hubieran hecho de la maximización de la ganancia un objetivo siquiera factible no eran evidentes»¹⁵. Dicho de otra forma: el individualismo metodológico no es suficiente; se necesitan supuestos esenciales para explicar la conducta de los individuos en unas condiciones históricas específicas.

Hasta cierto punto, ésta es una cuestión de carácter empírico. Cuando Roemer supone que los agentes económicos en todas las condiciones históricas tratan de maximizar su renta (o su ocio) o cuando Margaret Levi supone que los «gobernantes» en todas las circunstancias históricas tratan de maximizar sus ingresos, formulan teorías que implican que todas las variaciones en la conducta son atribuibles a cambios en los condicionamientos¹⁶. En principio, tales teorías pueden ser evaluadas empíricamente, y Levi, en una serie de trabajos, cometió precisamente esta tarea. Lo único que digo es que el presupuesto marxista tradicional parece ser que los señores medievales querían algo diferente de lo que quieren los capitalistas; y no sólo que se enfrentaban a condicionamientos diferentes (o que querían algo diferente porque se enfrentaban a condicionamientos diferentes).

El segundo argumento marxista en contra del supuesto de las preferencias fijas y estables tiene su origen principalmente en la teoría de Antonio Gramsci sobre la formación de las

13 Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Nueva York, International Publishers, 1967 [*El capital*, libro tercero, Madrid, Siglo XXI, 1976-1981].

14 Witold Kula, *Teoria ekonomiczna ustroju feudalnego*, Varsovia, Panstwowe Wydawnictwo Naukowe, 1963 [*Teoría económica del sistema feudal*, Madrid, Siglo XXI, 1974].

15 Jon S. Cohen y Martin L. Weitzman, «A Marxian model of enclosures», *Journal of Development Economics*, 1, 1975, p. 293.

16 Roemer, *General theory*; y Margaret Levi, «The predatory theory of rule», *Politics and Society*, 10, 1981, pp. 431-465.

identidades personales en el capitalismo: se trata de la concepción específicamente marxista de la preponderancia sociológica general del origen social de la formación de la identidad¹⁷. De acuerdo con esta concepción, la política no se ocupa únicamente de quién obtiene qué, sino, ante todo, de quién es quién: no es sólo una arena, sino, ante todo, un *ágora*. La identidad colectiva se está transformando –configurando, destruyendo y moldeando de nuevo –continuamente como resultado de unos conflictos en el curso de los cuales partidos políticos, escuelas, sindicatos, iglesias, periódicos, ejércitos y grandes empresas se esfuerzan por imponer una forma concreta de organización a la vida de la sociedad. La relación entre los lugares que ocupan los individuos en la sociedad y su identidad es pues el resultado histórico y contingente de unos conflictos: los conflictos en torno a si algo es una fuente de satisfacción, a si es admisible un determinado tipo de acción, a si un determinado objetivo parece estar al alcance. La conducta de los votantes ofrece claros ejemplos: las personas votan unas veces por lealtad de clase, otras lo hacen como católicos, o como sudistas, o como mujeres, y en otras ocasiones votan como individuos que calculan libremente qué partido es más probable que haga cosas que les beneficien¹⁸. Así pues, incluso dentro de un período de tiempo relativamente breve, el supuesto de unas preferencias exógenas estables no parece prometedor.

Este énfasis tradicional del marxismo en la formación histórica de la identidad es sumamente perjudicial para la perspectiva de la elección racional. Las identidades individuales, y por consiguiente las preferencias, son continuamente moldeadas por la sociedad: esto parece indiscutible. Sin embargo, creo que los defensores de esta tesis están demasiado impacientes por celebrar su triunfo.

Casi todos los autores que hacen hincapié en el carácter social de la formación de las preferencias llegan erróneamente a la conclusión de que la tesis de la conducta como acción racional queda invalidada por esta afirmación. Esto puede aplicarse a Roemer en su artículo de 1978, a Johannes Berger y Claus Offe, a Alessandro Pizzorno y a Barry Hindess¹⁹. Roemer ha argumentado que «la formación individual del problema económi-

17 Véase Lockwood, «The weakest chain?» para una interesante comparación de las tesis de Gramsci y Durkheim.

18 Adam Przeworski y John Sprague, *Paper stones: a history of electoral socialism*, Chicago, University of Chicago Press, 1986. Obsérvese que las innovaciones de Schumpeter como padre de la teoría económica de la democracia son engañosas: Schumpeter consideraba el proceso político como un proceso de persuasión. «Con lo que nos enfrentamos en el análisis de los procesos políticos», insistía, «es, en gran medida, no con una voluntad auténtica, sino con una voluntad fabricada [...] la voluntad de las personas es el producto y no la fuerza motriz del proceso político». Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, Nueva York, Harper, 1975, p. 263 [*Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1971].

19 John E. Roemer, «Neo-classicism, Marxism, and collective action», *Journal of Economic Issues*, 12, 1978, pp. 147-161; Johannes Berger y Claus Offe, «Functionalism vs. rational choice? Some questions concerning the rationality of choosing one or the other», *Theory and Society*, 11, 1982, pp. 521-527; Alessandro Pizzorno, «Sulla racionalista della scelta democratica», *Stato e Mercato*, 7, 1984, pp. 3-47; y Barry Hindess, «Rational choice theory and the analysis of political action», *Economy and Society*, 13, 1984, pp. 255-277.



co por su misma concepción impide un fecundo examen de los aspectos más importantes del cambio y la historia, a saber, cómo la realidad social produce unos seres humanos que luego actúan para cambiar la realidad»²⁰. La misma observación ha sido hecha por Pizzorno y Hindess. Berger y Offe observan que «lógicamente, el juego sólo empieza una vez que se han constituido los actores y se ha formado su orden de preferencias como resultado de unos procesos que no pueden ser considerados como parte del juego»²¹.

Sin embargo, una vez que se han formado las preferencias, las personas tienen esas preferencias y actúan de acuerdo con ellas en un momento determinado: la fuerza de la economía neoclásica reside en que es capaz de separar el análisis de una acción en un momento determinado de todo lo que creó las condiciones en que se produce esta acción²². Además, el enfoque de la elección racional no impide ciertamente el examen de que la formación de las preferencias, aun cuando dentro de la economía neoclásica las preferencias sean consideradas como naturales (y dentro del utilitarismo clásico sean consideradas como aleatorias). Por consiguiente, la creencia de que las preferencias se forman históricamente no es contradictoria con la creencia de que las personas actúan racionalmente de acuerdo con las preferencias que tienen. Además, no hay razón para pensar que los procesos que llevan a la formación de las preferencias no pueden implicar unas acciones racionales, un «juego» aun cuando no sea «el mismo» juego. En realidad, creo que John Sprague y yo hemos demostrado que la razón por la que ciertos individuos en ciertas circunstancias históricas se identifican como trabajadores es una consecuencia de las estrategias seguidas por los dirigentes de los partidos electorales de izquierda²³. No sé muy bien hasta qué punto son viables las teorías de la historia que consideran que las preferencias se forman endógenamente, pero no veo ninguna base metodológica para rechazar la posibilidad de tales teorías²⁴.



20 Roemer, «Neo-classicism», p. 149.

21 Berger y Offe, «Functionalism vs. rational choice?», p. 525.

22 Esta puntualización ha sido hecha por Schumpeter: «Históricamente, el deseo de zapatos del consumidor puede haber sido configurado, al menos en parte, por la acción de los productores que ofrecer calzado atractivo y hacen campañas en su favor; pero en ningún momento es una auténtica necesidad, cuya concertación vaya más allá de los “zapatos en general” y cuya prolongada experimentación elimine muchas de las irracionalidades que tal vez lo rodearan originalmente». *Capitalism, socialism, and democracy*, p. 248.

23 Przeworski y Sprague, *Paper stones*.

24 Una base factible sería un alegato en favor de una auténtica determinación individual, como el que Boudon hace en algunas partes de *La place du désordre*, o en favor de múltiples y numerosos equilibrios. Sin embargo, dado que yo me conformaría con teorías de historias posibles, no encuentro que este último argumento sea perjudicial.

El altruismo

El segundo argumento contra la ofensiva del individualismo metodológico es que el egoísmo es una mala descripción de las preferencias de al menos ciertas personas en ciertas circunstancias históricas. Algunos individuos pueden preocuparse por otros seres humanos en general. A este respecto no parece haber mucha discrepancia y, de hecho, varios modelos económicos recientemente desarrollados se basan en supuestos no egoístas²⁵. En principio, los modelos que utilizan el estado de otras personas como argumentos de las funciones de utilidad de cada una presentan todo lo más dificultades matemáticas²⁶.

Una cuestión muy discutida es si las preferencias altruistas, es decir cualquier función de utilidad que considere entre sus argumentos el estado de los individuos, pueden y deben derivarse siempre de motivaciones egoístas. Especialmente interesantes son la idea de cambio de preferencias a través de un diálogo que Offe y Helmuth Wieselthaler consideran esencial para la organización de los obreros como clase, y la idea de «reciprocidad general» de Serge-Christophe Kolm. Estas y otras cuestiones relacionadas son analizadas tanto por Jon Elster como por Scott Lash y John Urry, y no tengo nada más que añadir, salvo tal vez una cierta dosis de escepticismo²⁷.

25 David Collard, *Altruism and the economy: a study in nonselfish economics*, Oxford, Oxford University Press, 1978; Howard Margolis, *Selfishness, altruism and rationality*, Chicago, University of Chicago Press, 1982; Gerard Marwell, «Altruism and the problem of collective action», en *Cooperation and helping behavior*, Nueva York, Academic Press, 1982; y Serge-Christophe Kolm, *La bonne économie: la réciprocité générale*, París, Presses Universitaires de France, 1984.

26 Esto no quiere decir que tengamos un lenguaje adecuado para describir las funciones de utilidad. Hay una serie de distinciones que tendrían que ser aclaradas; desgraciadamente, su análisis supera los límites de este artículo. En primer lugar, la definición de «altruismo» en el texto es demasiado amplia, dado que uno se puede preocupar por el estado de los otros por motivos puramente egoístas cuando existen repercusiones exteriores [*externalities*] en el consumo. Por ejemplo, la utilidad de un teléfono para mí depende del número de personas que también lo tengan. Para un modelo de equilibrio general que incorpora tales repercusiones exteriores, véase Michael L. Katz y Carl Shapiro, «Network externalities, competition and compatibility», *American Economic Review*, 75, 1985, pp. 424-441. Una definición más estricta de altruismo sería aquella en la que la satisfacción de los otros figurara como argumento(s) en mi función de utilidad. Esta definición plantearía, por supuesto, problemas matemáticos más serios y crearía la necesidad de distinciones adicionales. Por ejemplo, para mí podría tener más importancia el placer de alguien que el mío propio, pero no si este placer se derivara del consumo de heroína.

En segundo lugar, podemos pensar que las preferencias dependen de las acciones de los otros o de las circunstancias. A. K. Sen, «Rational fools: a critique of the behavioral foundations of economics», *Philosophy and Public Affairs*, 6, 1977, pp. 317-344, argumenta que las personas tienen diversos órdenes de preferencias que activan de forma contingente de acuerdo con un cierto metaorden. El altruismo condicionado por la conducta cooperativa de los otros constituye una salida al dilema del prisionero.

En tercer lugar, ser «altruista» puede que no sea lo mismo que ser «ideológico», en el sentido que da a este término Alessandro Pizzorno, «Introduzione allo studio della partecipazione politica», *Quaderni de Sociologia*, 15, 1966, pp. 235-289, para quien ser ideológico es incluir en su función de utilidad los estados de una colectividad, y no los de otros individuos.

27 Claus Offe y Helmuth Wieselthaler, «Two logics of collective action: theoretical notes on social classes and organizational forms», en Maurice Zeitlin, comp., *Political power and social theory*, Greenwich, JAI Press,



Sin embargo, no está claro si debemos abandonar el supuesto del egoísmo, y por ello tres razones.

En primer lugar, si abandonamos la hipótesis de que los individuos son invariablemente egoístas, ¿qué deberíamos suponer en su lugar? Ciertamente, el supuesto de que las personas son invariablemente altruistas sería igualmente ahistórico a igualmente arbitrario. Lo que necesitamos conocer es la relación entre las condiciones y las preferencias, y tal vez incluso entre las acciones de unos y las preferencias de otros. Sin embargo, de algún modo, a pesar de la general atención prestada por los sociólogos a la formación de la identidad colectiva, no sabemos cuánto debemos esperar que las personas sean egoístas, cuando debemos esperar que seamos altruistas y cuándo debemos esperar que sean ideológicas. Entre los autores de orientación más individualista, A. K. Sen ha sugerido que deberíamos pensar en la «simpatía» y el «compromiso» como dos claros mecanismos de la activación de las preferencias; Howard Margolis ha propuesto una regla según la cual los individuos sacan una utilidad de los fines que les interesan y no de los fines que interesan al grupo, y Albert Hirschman ha propuesto que distingamos entre «valores» (sobre los cuales razonamos y discutimos) y «gustos» (que son «caprichosos») y ha argumentado que los individuos dedican deliberadamente tiempo y energías a actividades instrumentales o no instrumentales²⁸. Pero éstas son distinciones conceptuales, no proposiciones esenciales. Así pues, el supuesto del egoísmo es más fácil de rechazar que de reemplazar.

En segundo lugar, no hay que suponer que los problemas estratégicos desaparecerían en una sociedad altruista o incluso en una sociedad ideológicamente motivada, como gustan creer algunos críticos de la teoría económica. Piénsese simplemente en una situación en la que mi satisfacción fuera más importante para ti que tu propia satisfacción, tu satisfacción fuera más importante para mí que la mía y nos encontraríamos ante una puerta por la que no pudiéramos pasar al mismo tiempo. La paradoja del «tú primero» da una idea de los problemas estratégicos que se podrían encontrar en una sociedad altruista²⁹.

1980; Kolm, *La bonne économie*; Elster, *Ulysses*; y Scott Lash y John Urry, «The new Marxism of collective action: a critical analysis», *Sociology*, 18, 1984, pp. 33-50.

28 Sen, «Rational fools», Margolis, «Selfishness, altruism, and rationality»; y Albert Hirschman, «Against parsimony: three ways of complicating some categories of economic discourse», *Economics and Philosophy*, 1, 1985, pp. 7-21.

29 Tales problemas son analizados por Collard, *Altruism and the economy*. Véase también el argumento de Alan Buchanan, «Revolutionary motivation and rationality», *Philosophy and Public Affairs*, 9, 1979, pp. 59-82, de que existiría la «paradoja de la revolución» aunque los obreros fueran ideológicos. Robert van der Veen, demuestra, sin embargo, que ciertos órdenes de preferencias no egoístas harían socialmente deseables los resultados con más probabilidades de ser obtenidos, en «Meta-rankings and collective optimality», *Social Science Information*, 20, 1981, pp. 345-74.

Obsérvese que los resultados del proceso político en una sociedad democrática perfectamente altruista (una persona, un voto) serían los mismos que en una sociedad perfectamente egoísta: los intereses de cada individuo tendrían la misma importancia en ambas sociedades. Véase, por ejemplo, Koirchi Hamada, «A simple majority rule on the distribution of income», *Journal of Economic Theory*, 6, 1973, pp. 243-64.



Finalmente, una descripción realista de la sociedad, en la que coexisten individuos egoístas, altruistas e ideológicos en todo momento, podrá hacer casi imposible un análisis deductivo. La fuerza del individualismo metodológico es de carácter metodológico: reside en el deseo de los economistas neoclásicos de ignorar todas las complicaciones que impidan obtener respuestas a las cuestiones centrales. Introducir el realismo descriptivo es cortar el pelo a Sansón. Esta es la razón por la que la muy comedida valoración de la racionalidad humana de Elster en *Ulyses and the Sirens*, elogiada por Scott Lash y John Urry como «una ontología del proceso social y [...] no sólo un mecanismo heurístico o instrumental para generar predicciones acerca del mundo social», podría subvertir el proyecto del individualismo metodológico³⁰.

La sociedad irracional

Finalmente, la tercera crítica al marco de la elección racional se debe probablemente a Sartre. La cuestión es generalmente comprendida y admitida entre los especialistas de la teoría de juegos: algunos juegos no tienen solución. Las acciones de uno tienen ciertamente consecuencias, pero cuando uno actúa estas consecuencias no pueden ser previstas (a menudo porque dependen por completo de las acciones de otros que están en la misma situación). La cuestión para Sartre (en *Le Mur*) era que las consecuencias de las acciones de uno son imprevisibles y a veces funestas. Supongamos, por ejemplo, que las probabilidades condicionales de que un gobierno siga la política por la que abogó durante la campaña electoral sean nulas: si todos los votantes tuvieran que guiarse por esto, no sería posible una votación racional.

Si la ha entendido correctamente, la versión de Pizzorno de este argumento es la siguiente: dado que las fuentes de la satisfacción individual están socialmente determinadas, los individuos no pueden dedicarse racionalmente a la persecución de unos objetivos a largo plazo, dado que para cuando alcanzaran tales objetivos podrían no obtener ya satisfacción de ellos³¹. Esta es pues una versión social de la observación de Friedrich Wilhelm Nietzsche de que la satisfacción de los deseos no es nunca tan intensa como el dolor causado por la privación, fenómeno que los economistas descartan, calificándolo de «pesar».

30 Lash y Urry, «The new Marxism», p. 39. Esto me parece excesivo dado que hay ya razonables análisis de situaciones en las que sólo algunas personas se comportan estratégicamente, mientras que otras siguen la costumbre. Véase John Haltiwanger y Michael Waldman, «Rational expectations and the limits of rationality: analysis of heterogeneity», *American Economic Review*, 75, 1985, pp. 326-341 y la bibliografía que contiene.

31 Alessandro Pizzorno, «Sulla razionalità della scelta democratica»; e *id.* «Some other kind of otherness. (A critique of “rational choice” theories)», manuscrito, 1985.



Pizzorno parece creer que esta situación representa una condición social general y hace inútil la conducta orientada hacia un objetivo.

Para evaluar este argumento, debemos ser cuidadosos a la hora de distinguir los juegos sin (una única) solución tales como la de los «coches de choque» o la «batalla de los sexos», de la clase general de los juegos en los que unas estrategias individualmente racionales llevan a una solución que es colectivamente subóptima, ejemplificada por el «dilema del prisionero»³². En los juegos sin solución, no es posible una acción racional individual; en los juegos con soluciones cada uno de los individuos tiene una única estrategia racional. Si los juegos sin (una única) solución son bastante frecuentes, el marco de la elaboración racional es discutible como instrumento de análisis. La ubicuidad del dilema del prisionero hace sin embargo sumamente útil este marco.

No sé bien cómo medir la frecuencia de estas situaciones irracionales en el mundo real y, por tanto sospecho que las diferencias de opinión no se basan en mediciones empíricas. La elección del factor predisposición en el cambio técnico proporciona un ejemplo bien estudiado de juego sin solución³³. El teorema de Kenneth Arrow y los desarrollos posteriores demuestran que, dadas unas preferencias individuales fijas, ningún procedimiento de votación dará lugar en general a un único orden de las preferencias colectivas³⁴. Las situaciones de negociación parecen también indeterminadas, aunque esto pueda ser más una reflexión sobre la teoría de la negociación que sobre la realidad. Estos ejemplos son suficientes para demostrar que el concepto de condiciones irracionales –condiciones que no permiten a los individuos actuar racionalmente –constituye un instrumento de análisis útil y tal vez infrautilizado. Sin embargo, sigo dudando de que el mundo sea tan irracional como lo han pintado los existencialistas. A su vez, las situaciones en las que un tipo de acción individualmente racional da lugar a estados cosas colectivamente subóptimos son muy frecuentes en el capitalismo y, como señalaba Karl Korsch en 1928, estarían también presentes en el socialismo³⁵. La existencia de tales situaciones podría también ser interpretada como un indicio de que la sociedad está organizada irracionalmente –lo que es un componente tradicional de la crítica marxista del capitalismo –pero no implica que las acciones individualmente racionales sean imposibles.

32 Para análisis generales de los efectos contrafinales, véase Raymond Boudon, *Effets pervers et ordre social*, París, Presses Universitaires de France, 1977 ; y Jon Elster, *Logic and society*, Londres, John Wiley and Sons, 1978.

33 Jon Elster, *Explaining technical change*, Cambridge, Cambridge University Press y Universitetsforlaget, 1983.

34 Kenneth A. Arrow, *Social change and individual values*, Nueva York, John Wiley and Sons, ed. Revisada 1963; Richard D. MacKelvey, «Intransitivities in multidimensional voting models and some implications for agenda control» *British Journal of Sociology*, 30, 1979, pp. 472-482; y Norman Schofield, «Instability and development in the political economy», en P. A. Ordeshook y K. A. Sheepsle, comps., *Political Equilibrium*, Boston, Kluwer-Nijhoff, 1982.

35 Karl Lorsch, «What is socialization?», *New German Critique*, 6, 1975, pp. 60-82.



Los actores colectivos

El desafío

La implicación más negativa del individualismo metodológico es que las personas que comparten unos intereses y unas condiciones de vida no actuarían, en general, de forma colectiva para promover esos intereses. Aunque los resultados de la acción colectivas fueran beneficiosos para todos los obreros, ninguno de ellos participaría si fuera a beneficiarse de los resultados independientemente de su participación. Si Mancur Olson o sus seguidores están en lo cierto, no podemos esperar que la clase obrera se convierta jamás en un sujeto histórico colectivo, en una clase-para-sí, con todas las consecuencias que de ello se desprenden³⁶. Es comprensible que la mayor parte de las relaciones marxistas al individualismo metodológico se hayan concentrado en esta cuestión.

Bases para rechazar el dilema de la acción colectiva de los obreros

Las validez del problema del «francotirador» con respecto a la clase obrera ha sido rechazada por una larga lista de razones: 1) El problema es irrelevante sobre la base del colectivismo metodológico³⁷. 2) Las personas, o al menos los obreros, no son egoístas³⁸. 3) Los obreros están tan estrictamente limitados por sus condiciones que no tienen elección; en lo que respecta a los obreros, el marco de la elección racional plantea un falso problema³⁹. 4) Los obreros son especialmente propensos a alterar las preferencias de cada uno de los otros mediante la comunicación⁴⁰. 5) Los obreros cumplen las condiciones de la cooperación de un dilema del prisionero reiterativo⁴¹: se encuentran repetidamente en la misma situación; no saben durante cuánto tiempo se encontrarán en esta situación: y no ganan gran cosa con la repetición⁴². 6) Los obreros cumplen las condiciones de un cambio endógeno en las pro-

36 Mancur Olson, *The logic of collective action*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

37 Nancy Holmstrom, «Rationality and revolution», *Canadian Journal of Philosophy*, 13, 1983, pp. 305-325; y Pizzorno, «Sulla razionalità della scelta democratica».

38 D. E. Booth, «Collective action, Marx's class theory and the union movement», *Journal of Economic Issues*, 12, 1978, pp. 263-285.

39 Roemer, «Neo-classicism».

40 Elster, *Ulysses*, especialmente p. 146; Offe y Wiesenhal, «Two logics of collective action».

41 Martin Shubik, «Game theory, behavior and the paradox of the prisoner's dilemma», *Journal of Conflict Resolution*, 14, 1970, pp. 181-202; y Michael Taylor, *Anarchy and cooperation*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1976.

42 Matthew Edler, «A note on collective action, Marxism, and the prisoner's dilemma», *Journal of Economic Issues*, 13, 1979, pp. 751-761; y William H. Shaw, «Marxism, revolution, rationality», en Terence Ball y James Farr, comps., *After Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.





habilidades de éxito: cuando algunos de ellos inician una acción colectiva, se incrementan las posibilidades de éxito de la acción colectiva, lo que significa que el beneficio esperado también se incrementa y sobrepasa los costes esperados para otros obreros adicionales cuya participación incrementa a su vez las probabilidades de éxito, y así sucesivamente⁴³.

Las tres primeras posturas rechazan sin más el problema del francotirador; las tres últimas admiten que los supuestos de la teoría neoclásica de la acción colectiva podrían ser válidos en ciertos contextos, pero tienen razones para creer que las implicaciones de esta teoría no se aplicarían a los obreros. No se ha demostrado empírica o incluso formalmente que ninguno de los tres últimos argumentos sea explicable a los obreros: todo lo más constituyen conjeturas voluntaristas. Y obsérvese el modo peculiar en que el problema tiende a ser formulado: todos estos argumentos suponen que hay algo erróneo en una teoría que predice que los obreros en general no se organizarían como clase ni emprenderían acciones colectivas, incluyendo la más importante: la revolución socialista. Hay algo surrealista en la pregunta: «¿Qué induciría al proletariado a hacer la revolución socialista?»⁴⁴. El proletariado no ha hecho nunca una revolución socialista. Típicamente los obreros no están siquiera organizados como clase: aun cuando en unos pocos países la mayoría de los obreros sean miembros de una federación centralizada de sindicatos, en general muchos no están afiliados y ni siquiera votan a los partidos de izquierda, y muchos se abstienen de participar en otros esfuerzos colectivos. Además, ciertos sindicatos, partidos u otras organizaciones adoptan a menudo estrategias que son contrarias a los intereses colectivos de la clase obrera. Es cierto que hay sindicatos y partidos obreros que gozan de una considerable participación, pero empíricamente la teoría neoclásica de la acción selectiva no es menos válida que las teorías colectivistas.

La pregunta central planteada por el individualismo metodológico es la siguiente: ¿en qué condiciones, siempre o nunca, la solidaridad (la cooperación de clase) es racional para un determinado obrero o para un determinado grupo de obreros? Michael Wallerstein ha demostrado recientemente que determinados sindicatos tratarán de organizar a todos los obreros que compiten entre sí dentro del mismo mercado de trabajo, y sólo a ellos, y que determinados sindicatos cooperarán entre sí en las pequeñas economías obligadas a depender del comercio exterior pero tratarán de cooperar con los patronos si pueden beneficiarse de algún tipo de rentas de monopolio (en especial el proteccionismo)⁴⁵. La teoría de

43 Para un modelo general, véase Mark Granovetter, «Threshold model models of collective behavior», *American Journal of Sociology*, 83, 1978, pp. 1420-1443. Este modelo es utilizado con respecto a los obreros por Gregory S. Kavka, «Two solutions to the paradox of revolution», en P. A. Finch, T. E. Uehling, Jr., y H. K. Wettstein, comps., *Midwest Studies in philosophy*, vol. 7, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1982.

44 Shaw, «Marxism, revolution, rationality», p. 12.

45 Michael Wallerstein. «The micro-foundations of corporatism: formal theory and comparative analysis», ponencia presentada en la asamblea anual de la American Political Science Association, Washington, D. C., 1984, e *id.*, *Working class solidarity and rational behavior*, tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1985.

Wallerstein proporciona los microfundamentos del fenómeno del «neocorporativismo» y contribuye notablemente a explicar los diferentes modelos de estructura sindical en las diferentes sociedades capitalistas.

Obsérvese que todo el análisis anterior se refería a los obreros. La idea que los capitalistas no puedan o no quieran organizarse y actuar colectivamente como clase ha estado tradicionalmente presente en el marxismo. En el propio análisis de Marx, la competencia entre los capitalistas conduce a una caída de la tasa de ganancia pero no pueden hacer nada al respecto, dado que su situación es la del dilema del prisionero. La observación de que algunos capitalistas tienen intereses contrapuestos que impiden su acción colectiva es muy importante en la obra de Nicos Poulantzas⁴⁶. La cuestión de la unidad de la burguesía ha ocupado siempre un importante lugar en la literatura latinoamericana⁴⁷, mientras que en Estados Unidos se han realizado muchos trabajos empíricos interesantes sobre la separación entre propiedad y control, las direcciones superpuestas y otras formas de organización de la clase capitalista⁴⁸. Finalmente, el problema de la organización de la clase capitalista ha sido formulado sistemáticamente hace poco tiempo por John Bowman dentro del marco de la elección racional⁴⁹.

En conjunto, la perspectiva del individualismo metodológico obliga a una completa reinterpretación de la teoría marxista de la acción de clase. Tal como lo formula Olson, el problema del francotirador constituye muy probablemente una mala descripción de la acción colectiva entre los obreros, pero los efectos del ataque neoclásico a la teoría marxista de la acción de clase han sido sumamente saludables. Uno de los síntomas es que cosas escritas hace pocos años, en las que la «clase obrera» avanzaba a través de la historia defendiendo los intereses de los obreros, parecen ahora inquietantemente ingenuas. No estoy

46 Nicos Poulantzas, *Political power and social classes*, Londres, New Left Books, 1973 [*Poder político y clases sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1969].

47 Fernando H. Cardoso, *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, México, Siglo XXI, 1971; Peter Evans, «Reinventing the bourgeoisie: State entrepreneurship and class formation in the context of dependent capitalist development», en Michael Burawoy y Theda Skocpol, comps., *Marxist inquiries*, suplemento del *American Journal of Sociology*, 88, 1982, pp. 210-248; Guillermo O'Donnell, «Notas para el estudio de la burguesía local, con especial referencia a sus vinculaciones con el capital transnacional y el aparato estatal», *Estudios Sociales*, 12, CEDES, Buenos Aires, 1978; y Maurice Zeitlin y Richard Ratcliff, «Research methods for the analysis of the internal structure of dominant classes: the case of landlords and capitalists in Chile», *Latin American Research*, 10, 1975, pp. 5-61.

48 Maurice Zeitlin, «Corporate ownership and control, the large corporation and the capitalist class», *American Journal of Sociology*, 79, 1974, pp. 1073-1119, ha ofrecido una formulación magistral. Davida S. Glasber y Michael Schwartz, «Ownership and control of corporations», *Annual Review of Sociology*, 9, 1983, pp. 527-540, han pasado recientemente revista a esta bibliografía. Véase también J. A. Witt, «Can capitalists organize themselves?», *Insurgent Sociologist*, 9, 1979, pp. 51-59, para un ejemplo fascinante en el que los capitalistas se organizaron de hecho a pesar de los conflictos de intereses entre ellos.

49 John Bowman, «The logic of capitalist collective action», *Social Science Information*, 21, 1982, pp. 571-604; y «The politics of the market: economic competition and the organization of capitalists», en Maurice Zeitlin, comp., *Political power and social theory*, vol. 5, Greenwich, JAI Press, 1984.



seguro ni mucho menos de que al final quede algo de la teoría marxista de la acción de la clase. Dado que la teoría formal de la conducta colectiva se está desarrollando rápidamente, estoy convencido de que no hemos hecho más que empezar a considerar la cuestión de la acción de clase.

Los puntos débiles de la teoría neoclásica de la acción colectiva

Al mismo tiempo, la perspectiva marxista tradicional pone de relieve dos puntos débiles de la teoría neoclásica de la acción colectiva: el problema estratégico al que se enfrentan obreros a título individual no consiste en actuar como francotiradores en el suministro de bienes públicos, sino en competir entre sí para obtener un puesto de trabajo, y el problema de la organización de cada clase (y de otras colectividades) no puede ser considerado al margen de la relación de los miembros individuales de una clase con los de otra.

140



Situación estratégica de los obreros

De modo un tanto sorprendente, todos los autores marxistas que responden a la paradoja del francotirador aceptan la descripción de Olson del problema al que se enfrentan los obreros a título individual. Pero la descripción de Olson es inexacta.

Imagínese un cruce con cuatro gasolineras, una en cada esquina. Según Olson y sus seguidores, los propietarios de estas gasolineras se encuentran ante el problema del francotirador cuando tratan de instalar en la intersección una farola que atraiga a más clientes en horas nocturnas. Todos se beneficiarían del incremento del tráfico, pero dado que cualquiera de ellos se beneficiaría de todas formas una vez que la farola estuviera allí, nadie querría pagar el coste de su instalación. Hasta que aparece el problema de la farola, las gasolineras no se enfrentan a problemas estratégicos; como dice Olson, está en un «contexto preestratégico». Pero, ¿es esto cierto? Las gasolineras compiten entre sí: cada una baja sus precios (o incrementa sus servicios) para quitar clientes a las otras. El resultado es una guerra de precios: los precios descienden y todos los propietarios de gasolineras pierden. Evidentemente, una solución al problema algún tipo de acuerdo sobre precios (o diferenciación de servicios), y podríamos decir que este acuerdo constituiría un bien público. Pero creo que esta maniobra terminológica oculta una diferencia fundamental: las gasolineras se encuentran en el dilema del prisionero a causa de la interdependencia de su consumo privado y rival, antes e interdependientemente de cualquier acción que diera como resultado el suministro de bienes no rivales en consumo (los llamados «bienes públicos»).

Los obreros (y en algunos aspectos también los capitalistas)⁵⁰ se encuentran en una situación análoga a la guerra de precios. Los obreros compiten entre sí, subastando a la baja sus salarios para conseguir empleo. Esto lleva a un descenso general de los salarios. De este modo los obreros se encuentran ante un dilema del prisionero en cuanto a su consumo privado. Es cierto que cuando los obreros forman un sindicato o emprenden otros tipos de acción colectiva pueden caer en el problema del francotirador, es decir el dilema del prisionero asociado a acciones destinadas a suministrar bienes no rivales en consumo. Pero tienen que organizarse no para suministrar bienes públicos sino para evitar la competencia entre sí mientras buscan bienes privados⁵¹.

Obsérvese que es imposible representar los intereses particulares de los individuos que están inmersos en una situación de dilema del prisionero: es imposible porque son los intereses particulares los que enfrentan unos individuos con otros. Si los individuos están en una situación en la que el estado de cosas es el mejor para ellos es simultáneamente el mejor para todos, entonces sus intereses «comunes» pueden ser representados simultáneamente: en la terminología de Sartre, su interés «grupal» es idéntico a sus intereses «seriales»⁵². Pero si los individuos compiten entre sí, entonces sus intereses «comunes», grupales, dejan de ser los mismos que sus intereses particulares, seriales: su interés de grupo es evitar el resultado colectivo subóptimo asociado a la competencia, aunque la consecución de este interés grupal no sea el mejor resultado para cada uno de los individuos. Pero el único interés que puede ser «representado» es precisamente el asociado a la cooperación entre posibles competidores. De este modo la «representación» debe implicar necesariamente coacción, sanciones que disuadan a los individuos de la no cooperación. A menos que los sindicatos o partidos sean capaces de disciplinar a los obreros para que no compitan entre sí, no es posible una organización de clase. Al mismo tiempo, cabría esperar que el descontento de los individuos fuera una condición permanente de las organizaciones de clase. Al mismo tiempo, cabría esperar que el descontento de los individuos fuera de una condición permanente de las organizaciones de clase: si sus intereses particulares no están representados, cada uno podría mejorar su situación sustrayéndose a la cooperación.

50 Véase Bowman, «The politics of the market».

51 Obsérvese la confusión, ejemplificada por Peter H. Aranson y Peter C. Odershook, «Public interest, private interest, and the democratic polity», en Roger Benjamin y Stephen L. Elkin, comps., *The democratic State*, Lawrence, Kansas University Press, p. 93, que escriben: «La figura del francotirador aparece en varios contextos. El uso tradicional del término se refiere a quienes disfrutan de los salarios supuestamente más altos y las condiciones de trabajo supuestamente mejores que se derivan de los esfuerzos huelguísticos y negociadores de los sindicatos sin pagar cuotas sindicales o los costes de la huelga». El dilema estratégico de los obreros no es si pagar o no cuotas sindicales, sino si abstenerse o no de aceptar un empleo cuando esta aceptación bajaría de nivel general de los salarios.

52 Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, Gallimard, 1960 [*Critica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada].



Relaciones sociales y acción colectiva

Un importante punto débil de la formulación neoclásica del problema de la acción colectiva es que la organización de cada grupo se considera al margen del resto de la sociedad (ya que en esta teoría no hay un contexto de relaciones sociales «preestratégico» o de otro tipo). Los obreros organizan «sindicatos», los capitalistas organizan «grupos de presión»; en este proceso tropiezan con sus propios problemas; y sólo si tienen éxito pueden tal vez tropezar unos con otros. Pero obreros y capitalistas (y otros) están relacionados entre sí sin organizarse y antes de organizarse, y siempre se organizarán con respecto a la otra clase. Los obreros compiten entre sí subastando a la baja sus salarios cuando ofrecen su fuerza de trabajo a las empresas. La intensidad del cambio tecnológico, la utilización de la capacidad y lo que esperan estas empresas de las otras empresas y de los consumidores. Además como han demostrado Phillippe Schmitter y Donald Brand, el problema organizativo de los obreros se ve afectado por la asociación entre los capitalistas⁵³.

De hecho, hay pruebas de que ésta pudo ser la forma en que el propio Marx concibió las relaciones de clase. En *La ideología alemana*, Marx y Friedrich Engels observaron que «los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia». En *Miseria de la filosofía*, Marx escribió: «La coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas», Frases similares se pueden encontrar en el *Manifiesto comunista* y en otros varios escritos⁵⁴. La concepción de la sociedad aquí implícita es la de unos trabajadores individuales que están al mismo tiempo en una relación de competencia con otros trabajadores y en una relación de conflicto colectivo con los capitalistas. Cada uno de los trabajadores sale ganando si compite con los otros trabajadores, pero todos los trabajadores pueden mejorar su situación si se organizan contra los capitalistas⁵⁵. En lo que se equivoca el individualismo metodológico, creo yo, no es en la idea de que las acciones colectivas deben ser explicadas por referencia a la racionalidad individual, sino en la idea de que la sociedad es una colección de individuos inconexos e indiferenciados. La concepción

53 Phillippe C. Schmitter y Donald Brand, «Organizing capitalists in the United States: the advantages and disadvantages of exceptionalism», ponencia presentada en la asamblea anual de la American Political Science Association, Chicago, 1979.

54 Karl Marx y Friedrich Engels, *German ideology*, Moscú, Progress Publishers, 1964 [*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974]; y Karl Marx, *Poverty of philosophy*, Moscú, Progress Publishers, s.f. [*Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1970].

55 Interesantes ideas formales para analizar este tipo de juego han sido ofrecidas por George Tsebelis, «When will the prisoners cooperate?», manuscrito inédito, Universidad de Washington, San Luis, 1985.



correcta no es la de dos clases siempre dispuestas a actuar, ni la de unos individuos abstractos, sino la de unos individuos dentro de una estructura social multidimensionalmente descrita.

La estructura del conflicto de clases en el capitalismo democrático

La teoría marxista tradicional de la estructura del conflicto de clases resulta excesivamente tosca y, en mi opinión, tanto lógicamente no válida como empíricamente falsa. Me estoy refiriendo aquí a la propia teoría de Marx, especificada del modo más explícito en *Trabajo asalariado y capital*, en donde afirmaba que los intereses de los trabajadores y capitalistas constituyen un juego de suma nula tanto estática como dinámicamente⁵⁶. Este modo ha sido mecánicamente utilizado en la mayor parte de la teoría marxista posterior, y especialmente en la teoría del Estado, en la que los intereses de los trabajadores no son siquiera especificados, ya que siempre son considerados como el complemento de suma nula de los intereses de los capitalistas.

El enunciado estético es trivialmente cierto: dado que en todo momento el producto social es por definición constante, la ganancia de una persona es la pérdida de otra. Pero si admitimos la existencia de un futuro, el cuadro se complica mucho. Gramsci fue el primero en analizar la dependencia de toda la sociedad con respecto al capital, dependencia que hace posible de la hegemonía de la burguesía. Su tesis central —que en mi opinión debería ser tratada como una hipótesis empírica, cuya validez no es segura— es que, dada la propiedad privada de la riqueza, es decir dado que las decisiones sobre la asignación de los recursos productivos se toman a nivel privado y en nombre de unos intereses privados, la promoción de los intereses privados de todos en una sociedad depende de la compatibilidad de estos intereses con los de los propietarios de la riqueza. Denominaré a esta hipótesis la «dependencia estructural con respecto al capital»⁵⁷.

Específicamente, la hipótesis de la dependencia estructural con respecto al capital se basa en los siguientes supuestos: la inversión es una condición necesaria para mejorar las futuras condiciones materiales de cualquiera dentro de una sociedad; las decisiones sobre inversión son una prerrogativa privada, vinculada a la propiedad, y se toman con vistas a una ganancia; cualquier exigencia que amenace a la rentabilidad de una inversión hace que

56 Karl Marx, *Wage, labour and capital*, Moscú, Progress Publishers, 1952 [*Trabajo asalariado y capital*, en *Obras escogidas*, 3 vols., I, Moscú, Ed. Progreso, pp. 1454-178].

57 Antonio Gramsci, *Prison notebooks*, ed. De Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Nueva York, International Publishers, 1971. Para una interpretación de Gramsci en este sentido, véase Przeworski, *Capitalism and social democracy*, cap. 4.





baje la tasa de inversión; por consiguiente, el que unos determinados intereses puedan ser satisfechos o no depende de su compatibilidad con la ganancia de la que se apropian a nivel privado los propietarios de la riqueza⁵⁸. Lo que hay que subrayar es que este mecanismo se aplica a todo el mundo, y no sólo a la clase obrera. En la medida en que se requieren medios materiales para satisfacer sus intereses, esta hipótesis se aplica a las minorías que buscan la igualdad económica, a las mujeres que buscan la transformación de la división del trabajo dentro del hogar, a los ancianos que buscan la seguridad material, a los trabajadores que buscan mejores condiciones de trabajo, a los políticos que buscan la reelección y a los militares que buscan más bombas. En este sentido en el que el capitalismo es una sociedad de clases: no en el sentido de que siempre hay dos clases ya hechas, sino en el de que la estructura de la propiedad característica del capitalismo hace que las condiciones materiales de todos dependan de las decisiones tomadas a nivel privado por los propietarios de la riqueza⁵⁹.

La dependencia estructural con respecto al capital abre la posibilidad de compromisos entre los capitalistas y los obreros organizados. En estos compromisos, los obreros dan su consentimiento a la institución de la ganancia (y, por consiguiente a la propiedad privada de la riqueza), mientras que los capitalistas invierten y dan su consentimiento a un ordenamiento político, la democracia, que permite a los obreros plantear sus aspiraciones a una parte del producto social. Michael Wallerstein y yo hemos analizado tales compromisos en otro lugar⁶⁰, por lo que aquí sólo subrayaré la estructura característica de la teoría de juegos de la relación entre los intereses de obreros y capitalistas.

Examinemos la figura de la p. sig. La línea recta con una inclinación de -1 , $S = P - G$, representa todas las posibles asignaciones del producto nacional entre los salarios y las ganancias en cualquier momento dado, cuando el producto P es fijo (la distancia de esta línea desde el origen mide el tamaño del producto). A lo largo de esta línea hay una relación de suma nula entre los salarios y las ganancias: siempre que se incrementan los salarios, disminuyen las ganancias, y viceversa. Este es el modelo marxista tradicional del conflicto de los intereses de clase. Examinaremos ahora la segunda línea recta, en la que los salarios son medidos como la suma de los salarios actuales y los salarios que los trabajadores esperan recibir en un futuro, S^* . Si esta línea se sigue inclinando monotónicamente hacia abajo, entonces la extensión de Marx de las condiciones estáticas a las dinámicas es válida

58 Para un análisis y una crítica más amplios de este modelo, véase Adam Przeworski y Michael Wallerstein, «Popular sovereignty, State autonomy, and private property», *Archives Européennes de Sociologie*, 1986.

59 John Manley, «Neopluralism: a class analysis of pluralism I and pluralism II», *American Political Science Review*, 77, 1983, pp. 368-384, ha resucitado recientemente la tesis de que la teoría marxista mantiene que en toda sociedad capitalista hay siempre dos clases y sólo dos. Lo único que se puede decir de esta teoría es que es falsa.

60 Adam Przeworski y Michael Wallerstein, «The structure of class conflict in democratic capitalist societies», *American Political Science Review*, 76, 1981, pp. 215-236.

y el conflicto de los intereses materiales enfrenta inevitablemente a una clase con otra: a los trabajadores les gustaría confiscar el capital social aunque el producto crezca, ya que el valor actual de los futuros salarios es menor si la ganancia actual es mayor. Pero si los futuros salarios de los trabajadores dependen de la inversión actual y si esta inversión depende de las ganancias actuales, entonces es posible que la función que relaciona los salarios actuales y futuros, $S^*(G)$ sea similar a la línea más alta: un máximo de salarios a un cierto valor positivo de las ganancias actuales. El nivel de los salarios actuales que corresponde al nivel de las ganancias actuales que maximiza la suma de los salarios actuales y futuros, \tilde{S} , es menor que el producto actual: por consiguiente, los trabajadores preocupados por el futuro ofrecerán en este caso una moderación salarial y darán su consentimiento a la apropiación de las ganancias por los capitalistas. Que ésta sea o no la situación a la que se enfrentan los trabajadores, es decir que tenga o no la función $S^*(G)$ un máximo interno, dependerá de la función que relaciona la tasa de inversión con las ganancias y de las condiciones e instituciones políticas que determinan si los trabajadores pueden o no esperar razonablemente beneficiarse en el futuro de la inversión actual. Se ha demostrado que existen realmente unas condiciones en las que ambas clases optarían por un compromiso⁶¹.

Este es sólo uno de los modelos de conflicto de intereses en el capitalismo formulado dentro de los supuestos de la elección racional. Se han realizado otros varios análisis que se ocupan de aspectos de algún modo diferentes de este conflicto. Kevin Lancaster ha ofrecido una formulación magistral del trueque intertemporal, y su trabajo ha sido ampliado por Michael Hoel⁶². Sam Bowles y Herbert Gintis se han centrado en los aspectos keynesianos del compromiso de clase, que ellos denominan «el acuerdo»⁶³. Yvo Diricx y Murtal Sertel han analizado el impacto de la política fiscal sobre los conflictos de clases, mientras que Ephraim Kleiman ha estudiado el impacto de las amenazas revolucionarias (y contrarrevolucionarias) sobre la política fiscal⁶⁴. Frans van Winden, V. K. Borooh y Frederick van der Ploeg, así como Kerry Schott, han llevado a cabo análisis de los conflictos en los que intervienen los sindicatos, las empresas y el Estado⁶⁵.

61 *Ibid.*

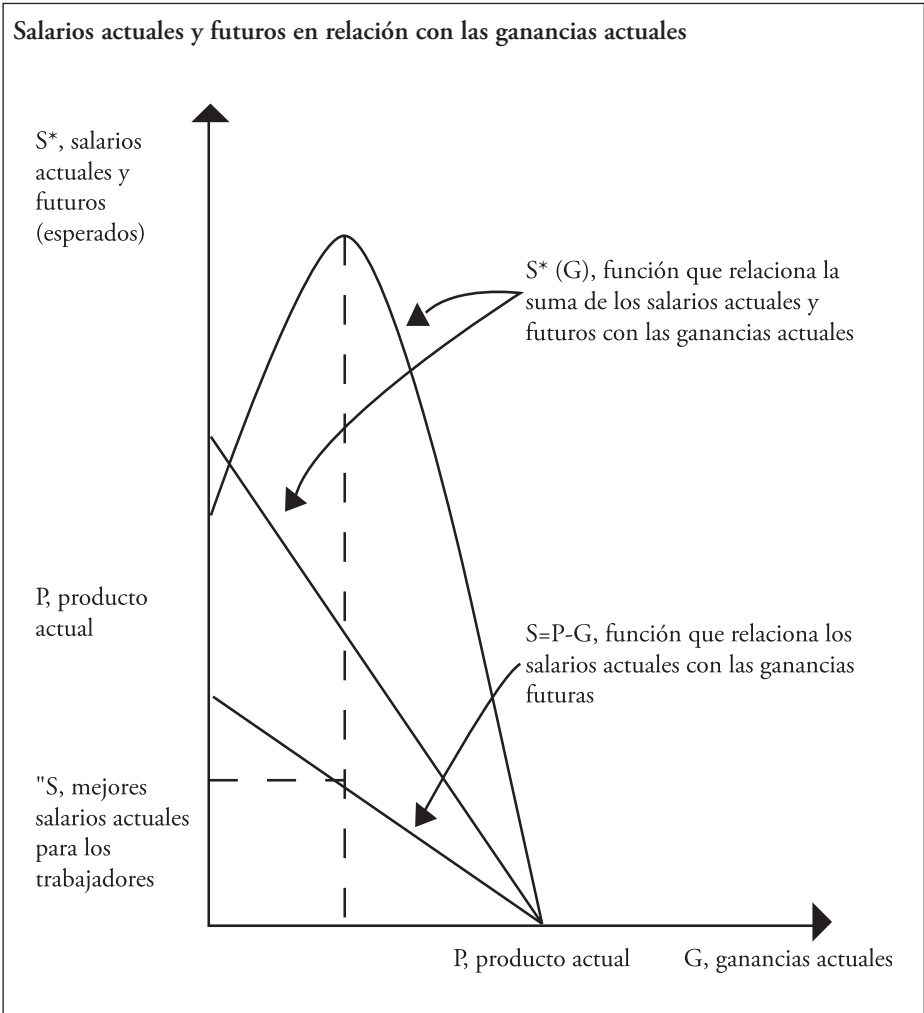
62 Kevin Lancaster, «The dynamic inefficiency of capitalism», *Journal of Political Economy*, 81, 1973, pp. 1092-1109; y Michael Hoel, «Distribution and growth as a differential game between workers and capitalists», *International Economic Review*, 19, 1978, pp. 335-350.

63 Sam Bowles y Herbert Gintis, «The crisis of liberal capitalism: the case of the United States», *Politics and Society*, 11, 1982, pp. 51-93.

64 Yvo M. I. Diricx y Murtal Sertel, «Class conflict and fairness in “democratic capitalism”», *Public Choice*, 34, 1979, pp. 99-116; y Ephraim Kleiman, «Fear of confiscation and redistribution: notes towards a theory of revolution and repression». Seminar Paper n.º 247, Estocolmo, Institute for International Studies, 1983.

65 V. K. Borooh y Frederick van der Ploeg, *Political aspects of the economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Kerry Schott, *Policy, power, and order: the persistence of economic problems in capitalist states*, New Haven, Yale University Press; y Frans van Winden, *On the interaction between State and private sector: a study in political economics*, La Haya, Drukkerij J. H. Pasmans B. V., 1983.





El bienestar relativo de los sistemas económicos y la transición al socialismo

Supongamos que entre todas las estrategias a disposición de los obreros en el capitalismo, éstos salen ganando si ofrecen un alto grado de moderación salarial. ¿Implica esto que el capitalismo es mejor para los obreros que el socialismo? O supongamos, por el contrario, que en el capitalismo los obreros salen ganando si se muestran muy combativos en el terreno económico: ¿es por ello cierto que los obreros estarían mejor con el socialismo? La cues-

tión del bienestar relativo asociado a los diferentes modos de producción resulta ser sumamente compleja, y creo que todavía no sabemos cómo responder a las preguntas anteriores. Wallerstein y yo pudimos formular la pregunta, pero no pudimos encontrar una respuesta⁶⁶. En otro lugar me he centrado en los aspectos transitorios y he llegado a la conclusión de que los costes de la transición podrían llevar a los obreros a aferrarse al capitalismo aunque el socialismo fuera un sistema superior para la satisfacción de sus necesidades materiales⁶⁷.

Desde el punto de vista del individualismo metodológico, la pregunta general de la teoría de la revolución es: ¿en qué condiciones preferirían unas personas caracterizadas por unas dotaciones específicas de recursos alienables e inalienables, en un determinado sistema económico, un sistema económico alternativo, es decir unos derechos de propiedad diferentes y/o unos mecanismos de asignación diferentes? El fundamental trabajo de Roemer ha sentado las bases para el análisis de tales cuestiones⁶⁸. Roemer ha demostrado en qué condiciones una determinada clase de agentes económicos de un determinado sistema económico saldría ganando en un sistema económico alternativo. Los recientes artículos de Roemer relacionan este análisis con la teoría de justicia distributiva, con algunos resultados sorprendentes en lo que respecta a la institución de la propiedad privada de la riqueza⁶⁹. Desgraciadamente, el aparato conceptual de la modificación instantánea del equilibrio general no permite estudiar las transiciones entre los sistemas económicos, sino tan sólo comparar sus equilibrios estáticos⁷⁰.

Obsérvese que, desde el punto de vista del individualismo metodológico la pregunta esencial de la transición al socialismo es si éste es preferido por los individuos concretos que viven en el capitalismo tales como son, con sus recursos y sus preferencias⁷¹. Evidentemente, esta formulación es demasiado rudimentaria para proporcionar respuestas inequívocas: ¿son los individuos que viven en el capitalismo autónomos y por consiguiente res-

66 Przeworski y Wallerstein, «The structure of class conflict». Véase también George Tsebelis, «Comment on Przeworski and Wallerstein», y nuestra respuesta en *American Political Science Review*, 78, 1984, pp. 785-790.

67 Adam Przeworski, «Material interests, class compromise, and the transition to socialism», *Politics and Society*, 10, 1980, pp. 125-153.

68 Roemer, *General theory*.

69 John E. Roemer, «Public ownership and the private property externalities», Working Paper n.º 252, Davis, Departamento de Economía, Universidad de California, 1985.

70 Adam Przeworski, *Capitalism and social democracy*, cap. 7.

71 Podría ser tentador acudir a una de las dos formulaciones alternativas. La primera es que, en el socialismo, las personas tendrían preferencias diferentes y una vez que tuvieran las nuevas preferencias las preferirían a las que tenían en el capitalismo: por consiguiente sus preferencias en el capitalismo no tienen por qué ser consideradas, aun si estas preferencias «capitalistas» llevan a las personas a oponerse al socialismo. La segunda es que las preferencias cambian endógenamente en el curso de la lucha por el socialismo. Encuentro inaceptable la primera postura, dado que permite una dictadura sobre las preferencias actuales, y la segunda, que es la de Rosa Luxemburgo poco convincente, ya que no sabemos si cambian las preferencias ni cómo cambian.





ponibles de sus preferencias, y qué métodos hay para sumar las preferencias individuales? Pero la perspectiva metodológica sugiere un cierto escepticismo democrático: la pregunta a la que hay que responder antes de pensar en un proyecto para el futuro es, en primer lugar, la de si los individuos concretos que viven en unas condiciones históricas dadas expresarían y continuarían expresando una preferencia por este proyecto mediante algún mecanismo razonable de votación.

Resumiendo, incluso aquellos autores que se muestran escépticos en lo que respecta al punto de partida individualista están de acuerdo en que es al analizar el conflicto de clases cuando se hace más evidente la fuerza de la perspectiva de la elección racional. Algunos estudiosos de las alianzas de clase desaprueban el uso del cálculo estratégico formal⁷², pero en realidad se ven obligados a usar este cálculo a lo largo de su análisis. Después de todo, la teoría de juegos no es sino una teoría formal del conflicto y, para bien o para mal, es la única teoría que hay.

La «Economía», La Política y el Análisis del equilibrio

Aunque la mayoría de los análisis se refieren a la postura general del individualismo metodológico, para terminar este repaso me gustaría señalar una debilidad técnica del aparato formal de la teoría de juegos. Pero primero retrocedamos.

La teoría económica marxista comparte con la economía neoclásica la confianza en el análisis del equilibrio como el principal mecanismo metodológico. El equilibrio es un estado de cosas en el que los actores, individuales o colectivos, no alteran al rumbo de sus acciones porque nadie puede salir ganando dada la respuesta esperada de los otros⁷³. Aunque la teoría marxista admita otras situaciones diferentes al equilibrio, el subconsumo, la superproducción o la presión salarial son siempre identificados y analizados haciendo referencia al equilibrio.

Ahora bien, no hay un consenso en cuanto a la utilidad del concepto de equilibrio, ni en economía ni fuera de ella. Las opiniones cubren todo el espectro: desde la insistencia de la teoría neoclásica en que la economía está siempre en equilibrio, pasando por la postura neoclásica tradicional de que la economía tiende al equilibrio siempre que es desplazada

72 Especialmente Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969.

73 Los economistas tienden a confundir el significado de este término: para ellos, el equilibrio es una situación de la que no es posible apartarse sin un desplazamiento externo y en la que los mercados relevantes desaparecen. Lo que los economistas llaman «desequilibrio» es pues un equilibrio en el que algunos mercados no desaparecen. Tal como es utilizado aquí, el concepto de equilibrio no tiene connotaciones de desaparición de mercados en un sentido o en otro.

por acciones y acontecimientos exógenos y por la postura keynesiana clásica de que aunque puede que la economía no esté jamás en equilibrio este concepto es sin embargo útil como instrumento analítico, hasta la tesis de que este concepto induce a error desde el punto de vista metodológico⁷⁴. De acuerdo con esta última tesis, los sistemas sociales son complejos y el flujo de información lleva su tiempo: cuando un actor se entere de los resultados de las acciones de otros actores (pongamos los precios), algunos de estos actores habrán cambiado ya su conducta a causa de la información que hayan recibido mientras tanto. En un mundo así, las expectativas nunca se cumplen; no hay equilibrio, ni tendencia al equilibrio⁷⁵.

No estoy seguro, una vez más, de hasta qué punto pueden estas diferencias teóricas y metodológicas ser resueltas empíricamente. Tal vez haya veces en que las cosas sean tan fluidas que los cálculos estratégicos resulten imposibles: tómese la reciente inflación de Brasil, donde los precios parecen cambiar más de prisa de lo que uno puede seguirlos y por consiguiente varían mucho de un vendedor a otro⁷⁶. Es más probable que haya períodos en los que todo sea estable y previsible: sospecho que los fenómenos electorales tienden a ser muy ordenados en general. No creo que haya una diferencia entre los mercados y otras instituciones sociales. Estoy convencido, sin embargo, de que la mayor parte del tiempo los cálculos estratégicos son posibles y que parte del tiempo se cumplen. Así pues, no estoy dispuesto a rechazar el aparato de la teoría de juegos en general y el concepto de equilibrio en particular.

Sin embargo, la pregunta es «¿qué equilibrio?» Obsérvese que los modelos de economía utilizados en la teoría marxista y en la neoclásica son idénticos. El objeto tradicional del análisis en ambas es el modelo de economía competitiva. Hay un gran número de agentes, unidades familiares o empresas que pueden desplazar sus recursos alienables o sus cuerpos de un sector a otro y de intercambiar mercancías y servicios. Para cada uno de los agentes, el resto del sistema viene dado como un parámetro que este agente tiene en cuenta al plantearse la maximización⁷⁷. En el otro extremo de la competencia perfecta, ambas teorías emplean modelos de monopolio y duopolio, así como modelos en los que el único

74 Se pueden encontrar buenos análisis del concepto de equilibrio en Eugene Silberberg, *The structure of economics: a mathematical analysis*, Nueva York, McGraw-Hill, 1978, cap. 16; y, en el otro extremo del espectro, Harvey Gram y Vivian Walsh, «Joan Robinson's economics in retrospect», *Journal of Economic Literature*, 21, 1983, pp. 518-550.

75 Esta es la concepción de la economía mantenida por algunos intérpretes de Keynes y la concepción de la política mantenida por Pizzorno.

76 Debo esta observación a Sergio Abranches.

77 En la «nueva economía clásica», los actores privados prevén las decisiones tomadas por el gobierno cuando compiten entre sí, pero aquí, una vez más, cada individuo se enfrenta a un medio paramétricamente dado. Véase Thomas J. Sargent, «Beyond demand and supplies curves in macroeconomics», *American Economic Review*, 72, 1982, p. 382.



actor es el gobierno, que prevé la conducta de los actores económicos⁷⁸. Entre los dos —el mercado competitivo con muchos actores o los sistemas con dos actores estratégicos como máximo —no hay análisis, ni neoclásicos ni marxistas.

Este estado de cosas puede parecer sorprendente, dado que la mayoría de las descripciones de las sociedades capitalistas contemporáneas hacen hincapié en que el número de actores relevantes es limitado y que en sus acciones incluyen estrategias ajenas al mercado. Si quisiéramos enumerar los actores cuyas estrategias configuran una economía capitalista típica, incluiríamos al gobierno, el Parlamento, quizá algunas entidades reguladoras especializadas y, en algunos países, el banco central; las asociaciones empresariales, algunas grandes empresas y tal vez los bancos privados; los sindicatos y a menudo algunas otras organizaciones, y finalmente las unidades familiares y la empresa en general. Si quisiéramos enumerar las acciones que tienen a disposición estos actores, sin duda no nos detendríamos en el desplazamiento de recursos y cuerpos de un sector a otro, sino que incluiríamos todas las formas de organización colectiva, coalición, negociación, presión, etcétera. Por decirlo francamente, la mayoría de las descripciones pretenden que vivimos en sociedades corporatistas, mientras que los análisis teóricos vacilan entre los equilibrios competitivos y los duopolios⁷⁹.

Puede que esto no sea casual. El aparato técnico de la teoría de juegos es casi inaplicable a todas las situaciones en las que intervienen no muchos actores, pero sí más de dos. A medida que aumenta el número de actores, la solución no cooperativa de Nash apunta hacia el equilibrio competitivo, y la solución es técnicamente inminente. Con dos actores no está siempre claro cuál es la solución correcta: el equilibrio de Nash es el que los dos actores toman sus decisiones independientemente, un equilibrio de Stackelberg en el que uno de los actores prevé las reacciones del otro, o alguna solución más compleja en la que intervengan compromisos vinculantes. Pero todas estas son soluciones habituales en los casos de dos personas, y aunque los conceptos de la solución siguen siendo los mismos para cualquier número de jugadores, las dificultades técnicas se hacen formidables cuando el número de actores es mayor a dos. Por consiguiente, no

78 El gobierno prevé la conducta de los productores y los consumidores en el modelo desarrollado por Sam Peltzman, «Towards a more general theory of regulation», *Journal of Law and Economics*, 19, 1976, pp. 211-240. Prevé las acciones de diversos grupos de presión en el modelo de Gary S. Becker, «A theory of competition among pressure groups of political influence», *Quarterly Journal of Economics*, 68, 1985, pp. 371-400. En los innumerables modelos de los ciclos electores, prevé la conducta de los votantes. Sin embargo, el único actor que prevé la conducta de los otros en todos estos modelos es el gobierno: los demás responden previsiblemente a su propio beneficio.

79 Véase Philippe C. Schmitter, «Still the century of corporatism», en Frederick Pike y Thomas Stritch, comps., *The new corporatism*, Notre Dame, University of Natre Dame Press, 1974. La enorme bibliografía sobre el corporativismo ha sido recopilada por Alan Cawson y John Ballard, «A bibliography of corporatism», Working Paper, n.º 84/115, Florencia, European University Institute, 1984.



soy especialmente optimista en lo que respecta al futuro de las aplicaciones formales de la teoría de juegos al estudio de los conflictos intergrupales y, en especial, al estudio de las alianzas de clase.

Lo que sí es evidente es que los análisis formales basados en la teoría de juegos seguirán siendo poco convincentes a menos que los conceptos de equilibrio que emplean describan unas condiciones históricas concretas. Sospecho, por tanto, que el individualismo metodológico nos obligará a ser más prudentes y más explícitos a la hora de analizar las situaciones estratégicas, especialmente las alianzas de clase y las relaciones entre los grupos sociales y los aparatos del Estado, pero no veo mucho futuro a los análisis deductivos formales de este tipo, al menos mientras la teoría de juegos no salga de su infancia matemática. Sea como fuere, los análisis no técnicos de las dinámicas políticas y económicas provocadas por los cambios en las alianzas de clase han dado lugar a algunos estudios notables, entre los cuales destaca el análisis de Argentina de Guillermo O'Donnell⁸⁰.

Espero que en estas páginas quede claro que si se acepta la validez metodológica de los postulados individualistas, habrá que replantear radicalmente la mayoría, si no la totalidad, de las preocupaciones tradicionales de la teoría marxista. Lo que no sé es si los resultados finales confirmarán alguna de las proposiciones fundamentales de la teoría marxista de la historia ni si la teoría consiguiente será «marxista» en algún sentido inconfundible.

Creo que el desafío del individualismo metodológico debe ser aceptado. La única alternativa sería convenir con G. A. Cohen en que «[...] el marxismo no se ocupa *fundamentalmente* de la conducta, sino de las fuerzas y de las relaciones que la constriñen y la orientan. Cuando pasamos de la intermediación de la lucha de clases a su resultado a largo plazo, la teoría de juegos no aporta ninguna ayuda, porque este resultado, para el materialismo histórico, está regido por una dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que es el telón de fondo de la conducta de clases y no es explicable en términos de ésta»⁸¹. Esto me parece más propio del guión de *La guerra de las galaxias* que de la teoría social. De algún modo, pienso que para el materialismo histórico el motor de la historia es la lucha de clases, y no La Fuerza⁸².

Al mismo tiempo, encuentro que el enunciado programático de Elster carece de contenido: «Por individualismo metodológico entiendo la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de

80 Guillermo O'Donnell, «State and alliances in Argentina, 1956-1976», *Journal of Development Studies*, 15, 1978, pp. 3-33.

81 G. A. Cohen, «Reply to Elster on Marxism, functionalism, and game theory», *Theory and Society*, 11, 1982, p. 489 [«Réplica a "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos" de Elster», *Zona Abierta*, 33, octubre-diciembre de 1984, pp. 63-80].

82 Véase John E. Roemer, «Methodological individualism and deductive Marxism», *Theory and Society*, 11, 1982, pp. 513-521 para una respuesta más comedida.





individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias)»⁸³. Elster está en buena compañía: podría haber citado la frase de Marx (de *La Sagrada Familia*) según la cual «la historia no es más que la actividad de los hombres en persecución de sus fines»⁸⁴. Estas son frases que suenan bien, pero, como observaba el propio Marx en la carta a Annenkov, su poder explicativo es mínimo⁸⁵. Pueden ser ciertas, pero sólo si admitimos que los resultados de las acciones individuales son a menudo indirectos, imprevistos y a veces no deseados por nadie⁸⁶. Las condiciones a las que nos enfrentamos hoy constituyen las consecuencias de las acciones emprendidas ayer, pero ayer actuábamos persiguiendo unos objetivos que no eran producir las condiciones de mañana. Como ha observado François Furet, «los hombres hacen la historia, pero o sabes cuál»⁸⁷. Así pues, la dificultad central de las concepciones individualistas de la historia es explicar cómo las acciones de los individuos en unas determinadas condiciones producen nuevas condiciones. La mayoría de las personas estarían en principio de acuerdo con este postulado, pero creo que Berger y Offe, así como Anthony Giddens, hacen bien en responder al desafío de Elster⁸⁸. Porque el problema es que, tal como se presenta ahora, el aparato técnico del individualismo metodológico, la teoría de juegos, resulta lamentablemente insuficiente para esta tarea. Hoy en día, lo más que puede hacer el aparato de la teoría de juegos es dilucidar unos hechos singulares aislados que se producen en unas condiciones determinadas. No puede decir nada de la historia.

La crítica implícita en el individualismo metodológico resulta pues más impresionante que las explicaciones alternativas basadas en los postulados de la elección racional. Se observaba hace unos años que la teoría económica «tiene una estructura *demasiado exigua*»⁸⁹. Esto es aplicable no sólo a la racionalidad individual, sino también a las relaciones sociales, que dotan a los individuos de unos objetivos y unas posibilidades de acción. Estoy convencido, sin embargo, de que las objeciones y preocupaciones de los teóricos sociales llevarán, y de hecho están llevando ya, a un rápido desarrollo del aparato de la teoría de juegos. Veo pues una larga perspectiva de interacción constructiva entre los teóricos formales y los estudiosos de la sociedad. Si tiene éxito, esta interacción conducirá a tratar la for-

83 Elster, «Marxism, functionalism, and game theory», p. 453.

84 Karl Marx, *The Holy Family*, Moscú, Progress Publishers 1956 [La Sagrada Familia, en *Obras de Marx y Engels*, Barcelona, Crítica, 6, 1978, pp. 3-249].

85 La carta de Annenkov (de 1846) está recogida en *Karl Marx: Selected writings*, ed. de David McLellan, Oxford, Oxford University Press, 1977 [*Obras escogidas*, II, pp. 469-480].

86 Para Friedrich Engels, el modo en que unas acciones individuales producen unos resultados sociales fue una fuente de incesante confusión. Véase su carta a Joseph Bloch del 21 de septiembre de 1890 en *Marx and Engels*, ed. de L. S. Feuer, Nueva York, Doubleday, 1959 [*Obras escogidas*, II, pp. 520-522].

87 François Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978, p. 44 [*Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980].

88 Berger y Offe, «Functionalism or rational choice?»; Anthony Giddens, «Commentary on the debate»,

89 Sen, «Rational fools», p. 335.

mación de las preferencias como un resultado endógeno y continuo de los procesos sociales; a distinguir las categorías de actores por sus situaciones estratégicas; a utilizar unos conceptos históricamente específicos de equilibrio; y, al mismo tiempo, a explicar la historia, incluyendo los orígenes de las condiciones, en función de las acciones de los individuos orientadas hacia unos objetivos. «Marxism and rational choice», *Politics and Society*, 14, n.º 4, 1985, pp. 379-409. Traducción de Pilar López.

Versiones anteriores de este artículo fueron publicadas en Pierre Birnbaum y Jean Leca, comps., *Sur l'individualisme*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986, y en *Prokla*, Berlín, 1986. Me he beneficiado de los comentarios de Pierre Birnbaum, G. A. Cohen, Jon Elster, Barry Hindess, Juan López, Alessandro Pizzorno, George Tsebelis, Robert van der Veen, Michael Wallerstein y los directores de esta revista, así como de mis discusiones con ellos.

